

rar los principios de educación y trabajo que guían la vida de Caballero como formas de comportamiento que dignifican y ennoblecen.

La misma función de contraste en medio de una sociedad perezosa que continúa más pendiente del pasado que del porvenir, desempeña José María Cruz. Cruz es el hombre de extracción humilde que ha sufrido en su infancia el menosprecio y los malos tratos de una burguesía que, no por maldad sino por frivolidad —parece decir Galdós—, tiene estas pautas de conducta; Cruz marcha a América, se enriquece y vuelve de allá con una mentalidad distinta: tiene iniciativa, tiene sentido de la coyuntura y del riesgo, y no regatea esfuerzo ni entusiasmo para buscar rentabilidad a su dinero y crear riqueza en su entorno. Don Benito enfrenta dos mentalidades: la que encarna en la familia Moncada, en la marquesa o en Huguet cargada de residuos estamentales, carente de sentido económico —en sus manos se agostan la banca y la industria—, que no ve en el dinero más que una fuente de lucro y un indicador de *status* social; y la que encarna en el indiano, figura novelesca que predica la ley del más fuerte frente al personalismo y el favoritismo imperantes en la sociedad española, al tiempo que aboga por el trabajo y la dinamización de la economía:

Como me he formado en la soledad, sin que nadie me compadeciera, adquiriendo todas las cosas por ruda conquista [...] hálleme amasado con la sangre del egoísmo, de aquel egoísmo que echó los cimientos de la riqueza y la civilización [...] la compasión, según yo la he visto, aquí principalmente, desmoraliza a la Humanidad, y le quita el vigor para las grandes luchas con la Naturaleza. De ahí viene, no lo duden, ese sentimentalismo que todo lo agosta; el incumplimiento de las leyes, el perdón de los criminales, la elevación de los tontos, el poder inmenso de la influencia personal, la vagancia, el esperar lo todo de la amistad y las recomendaciones, la falta de puntualidad en el comercio, la insolvencia... Por eso no hay ley ni crédito; por eso no hay trabajo, ni vida, ni nada... Claro, ustedes, habituados ya a esta relajación, hechos a lloriquear por el prójimo, no ven las verdaderas causas del acabamiento de la raza, y todo lo resuelven con limosnas, aumentando cada día el número de mendigos, de vagos y de trapisondistas.<sup>18</sup>

Galdós se identifica en cierto modo con Cruz, el personaje que se niega a integrarse en la sociedad establecida y predica la vía del trabajo y la regeneración frente a la vía revolucionaria; creo que Galdós se sirve de Cruz para señalar los peligros que acechan a la burguesía, incluso a aquella que se ubica en unas zonas en que su acción resulta más eficaz.<sup>19</sup> En fin, me parece que el personaje es utilizado por don Benito para criticar el *modus operandi* de una sociedad habituada a la limosna, al personalismo, y a la inercia y apatía en el trabajo; Cruz encarna el vitalismo y el biologismo de corte darwinista propio del horizonte cultural de la Europa de finales de siglo. En la novela, el personaje acabará flexibilizando un tanto sus pautas de conducta por el amor de Victoria; conviene insistir, sin embargo, en que el mimetismo social de Cruz no se debe tanto al afán de integrarse en la burguesía catalana a la que pertenece su mujer como

<sup>18</sup> B. Pérez Galdós, *La loca de la casa*, O. C. V. Madrid, Aguilar, 1967, p. 1625.

<sup>19</sup> La obra se supone que transcurre en Santa Madrona, localidad próxima a Barcelona. Pensamos que no es casualidad que don Benito, el gran observador de la sociedad madrileña, se traslade en esta ocasión a Cataluña, precisamente cuando trata de poner en pie a un burgués de corte moderno que denuncia los comportamientos estamentales de la sociedad española. Por lo demás, es evidente que no estoy de acuerdo con la interpretación que hace P. Faus de este personaje. Vid. P. Faus Sevilla, *La sociedad española del siglo XIX en la obra de Pérez Galdós*. Valencia, 1972, pp. 155-156.

al amor que siente por ésta, la cual por su parte también hará un esfuerzo por asimilar los principios del indiano, volviendo la espalda a una serie de normas de comportamiento propias de su grupo. Galdós —y ahí está, a mi entender, la clave de la simpatía con que está presentado el indiano— propone en esta obra una armonía social que encarna en su personaje frente a la vía del enfrentamiento. Por todo lo cual, Cruz, más que un simple indiano, resulta el arquetipo, en la óptica de don Benito, de esa nueva burguesía que demanda el país. Lo que tal vez convenga preguntarse es la razón por la que el escritor canario encarna este tipo de burgués en el indiano.

Caso distinto es el de Antonio Salabert, indiano puesto en pie por Palacio Valdés y ubicado esta vez fuera de la región asturiana. Salabert es un americano inserto en el mundo madrileño, posee una de las primeras fortunas españolas del momento, ha sido ennoblecido y se encuentra integrado en la clase dirigente de la Restauración. Este indiano que apenas puede encuadrarse sin una serie de matizaciones en la burguesía colonial; que carece de la más elemental ética social o privada; que encarna en el mundo de la ficción la más completa negación de los *mores* de la clase media y el más completo desprecio hacia las clases populares de cuyas filas procede, levanta en don Armando no ya la repulsa y la ironía como ocurre con el indiano asturiano, sino la más dura y cerrada crítica. Antonio Salabert, el indiano que comenzó a enriquecerse en Cuba, es el personaje peor tratado por el novelista de Entralgo. Pero conviene apresurarse a explicar, y ello aclararía tal vez la saña valdesiana, que si bien Salabert inicia su fortuna en América, fortuna que le sirve de base para prosperar en la Península, será por otras vías —contratas, suministros, etc.— por las que logre la acumulación de capital que le orienta hacia las finanzas y la industria y le permite instalarse en la clase dirigente. Desde esta perspectiva, creo que la repulsa hacia su personaje no es tanto por su condición de indiano como por su pertenencia a la gran burguesía de base colonial que con mentalidad moderna se lanza por la vía del desarrollo capitalista. Cabría preguntarse en qué medida, a la altura de 1890, el personaje responde a unos modelos reales presentes en la sociedad madrileña de la Restauración.<sup>20</sup>

Hasta aquí una simple muestra de cómo aparece el tema indiano en la novela del último lustro del siglo XIX. Enfoque muy distinto reciben estos personajes después de la crisis finisecular. Buen ejemplo supone la inflexión que se advierte en la pluma del mismo Palacio Valdés. Los indianos valdesianos tan duramente castigados en sus novelas del siglo XIX tienen un tratamiento distinto en las del siglo XX. Germán Reynoso —*Tristán o el pesimismo*, 1906—, Ángel Sarabia —*Los cármenes de Granada*, 1916— o Antonio Quirós —*Sinfonía pastoral*, 1931— responden sin duda a otra situación histórica.

<sup>20</sup> Me refiero al protagonista de *La espuma*, novela de Armando Palacio Valdés, publicada en 1890. Es difícil establecer correspondencias entre el personaje de la ficción y los grandes capitalistas de la España canovista. No conviene olvidar sin embargo, que tanto el marqués de Comillas, como el de Valdecilla o el duque de Santoña, grandes capitalistas de la España de la Restauración, tuvieron la base de su fortuna en su experiencia cubana. Una breve referencia a la trayectoria antillana de estos tres personajes encontramos en el citado trabajo de A. M. Hernández Muñiz.

### III. El indiano literario

En efecto, el distinto tratamiento que recibe la figura del indiano en los últimos lustros del siglo XIX y en los primeros años del siglo XX obedece a muy complejas razones y encuentra una clara manifestación en la acentuación de los aspectos positivos o negativos del personaje según queda a uno u otro lado de la bisagra finisecular. En la biografía literaria de unos y de otros encontramos unos rasgos comunes y otros diferentes. Entre los primeros hay que señalar: la extracción social, la marcha al nuevo continente, la vida de duro trabajo en la etapa americana, el logro de un considerable caudal y el regreso a la Península. Entre los segundos me referiré únicamente a la distinta manera en que se lleva a cabo su reinserción social.

La biografía del indiano que presenta la literatura acerca de la cual me propongo hacer unas breves observaciones, puede ser descompuesta para su análisis en tres partes. La primera hace referencia a las condiciones que motivan su partida y a la situación del emigrante a su llegada al nuevo mundo; es decir, a las causas que determinan su marcha, a la marcha misma y a la acogida y vida de trabajo que realiza en su nuevo destino. La segunda hace referencia a los cambios que comporta la estancia americana en los hombres que triunfan y regresan a la Península; aludiré fundamentalmente a dos: los rasgos de su personalidad y el caudal allegado durante su estancia americana. En la tercera trataré de señalar algunos de los caracteres de su reinserción social, señalando aquellas variantes de los indianos valdesianos que aparecen más allá de la frontera entre un siglo y otro.

#### a) *El emigrante: de la Península al mundo americano*

Los indianos literarios suelen ser de extracción humilde: hijo de carretero o de jardinero de ilustre familia —José María Cruz, Ángel Sarabia, Gonzalo González de la Gonzalera—,<sup>21</sup> pícaro del hampa —Antonio Salabert, duque de Requena— o lo que es más frecuente, provienen del mundo rural. Éste es el caso de Antonio Quirós:

En un lugar de Villoria nació y vivió hasta los doce años el opulento capitalista don Antonio Quirós. Sus padres, labradores, cultivaban pocas tierras, y éstas no propias, sino arrendadas al marqués de Camposagrado. El niño era despierto, fuerte, valeroso, y, harto de sufrir las palizas del maestro, manifestó empeño en partir para Cuba, como otros compatriotas. Sus padres, seducidos por la esperanza de verle tornar rico como otros y también por librarse de una boca más en la casa, cedieron a este deseo, y, pidiendo prestado el cortísimo precio del pasaje, le enviaron a Gijón para embarcar. Su madre fue la única persona que le acompañó a despedirle.<sup>22</sup>

<sup>21</sup> Recordemos alguno de estos casos, por ejemplo, el del don Gonzalo perediano. El narrador se refiere a la niñez del personaje de la siguiente manera: «El chicuelo Colás dijo a su hermana que tenía dos años más que él: de padre, sólo podemos esperar hambres, palizas y miseria; su mala fama ha de perseguirnos en el pueblo y nadie en él ha de abrimos las puertas con buena voluntad; estamos viviendo como de milagro, y esto no puede durar, hay que tomar un partido y muy pronto. Creo que tú debes irte por los pueblos del valle en busca de un amo a quien servir, mientras yo me voy por el mundo, que es más grande. Alguna vez nos encontraremos... y si no, hasta el día del juicio por la tarde, que a esa hora de fijo hemos de hallarnos». J. M. Pereda, Don Gonzalo..., ob. cit., pp. 106-107.

<sup>22</sup> A. Palacio Valdés, Sinfonía pastoral, O. C. I. Aguilar, Madrid, 1968, p. 1921.